ALMA
DE
ÁNGEL
RONDA JARAMILLO VELADA
VIRGEN DE LOS MILAGRO SI ERES MI-
LAGROSA HAZ UN MILAGRO QUE NO
ME QUIERO MORIR
2ª EDICIÓN

Alma de ángel

Dedicado a todas esas personas que, a lo largo de sus vidas, tuvieron que pasar por algo semejante a ellos, que supieron afrontar de todo, que vieron día a día situaciones innombrables, de hambre y de humillaciones, y de ver cómo la vida de su hijo se iba.

Como ellos, habrán cincuenta mil familias. Este es mi homenaje para todas ellas.

RONDA MARÍA JARAMILLO VELADA

Pepa se crio sin madre, era casi un bebé cuando su madre falleció a la edad de veintinueve años.

Pero su padre y ella supieron salir adelante a la edad de veintitrés años**. Pepa conoció a Romualdo, el que fue su marido.**

Fulgencio, que así se llamaba el padre de Pepa, enfermó y murió. El matrimonio ya tenía una niña, Mª de los Ángeles y pronto nació su segundo hijo, al que llamaron José.

EL ALUMBRAMIENTO

17 DE SEPTIEMBRE DE 1958

Esas fechas coincidieron con las fiestas patronales del pueblo, llamado (Puebla nueva) las del Cristo, concretamente. Pepa estaba a punto de dar a luz a su segundo hijo. Ella era de ojos rasgados, de carácter fuerte, pero simpática.

Vivía en el centro del pueblo en una casa pequeña, con los techos de cañas y los suelos embarrados. La casa constaba de un solo comedor y una sola habitación; solo había dos ventanas, una en el comedor y otra muy pequeña en el dormitorio. Junto a la cama, había un baúl con un trapo fino de color blanco que lo cubría, y una silla al lado de madera, pintada de negro, con el asiento de esparto. Enfrente se podía ver

la mesa que utilizaban para comer rodeada por cuatro sillas más. Las paredes eran anchas, de barro, pintadas de cal blanca. La ventana estaba abierta, una ligera brisa zarandeaba la fina cortina… Pepa se encontraba en la cocina. Los días de las fiestas, por costumbre se hacía una gran sartén de pisto. Con paciencia preparaba todo, su gestación estaba ya muy avanzada, le gustaba cocinar con las mangas remangadas, vestía un mandil azul con rayas blancas y el pelo recogido con un moño bajo. Siempre pendiente de su hija, que tan solo tenía tres años, andaba jugueteando con un gato pequeño. El viento, sonaba cada vez más fuerte. Pepa se giró y vio la cortina cimbrear, las hojas de la ventana golpeaban.

—¡Vaya viento! —dijo Pepa.

Cerró la ventana y volvió a la cocina, tenía la sartén puesta en la lumbre, solo tenía un par de tomates, y apenas una cebolla, pero no le importaba. Era feliz con lo poco que tenía para hacer el pisto con el que comieron ese día. Ella estaba acostumbrada a mendigar años atrás para

poder comer, recordaba los días que salía de su casa y pedir para comer.

Siempre le daban algo que llevarse a la boca, bien fuera un trozo de pan, una naranja, un trozo de tocino… Cualquier cosa era buena. Siempre, siempre le daban algo.A la memoria le vino un mal recuerdo, que la acompañó mientras vivió, con tristeza, la memoria la llevó a un día que salió a pedir a una casa…Eran sobre las cinco y media de una calurosa tarde.

Se dirigía a la casa de una familia adinerada, tenían una vaquería, y la venta de leche era en la propia casa. Ella pensó que algo más que una naranja o un trozo de pan le darían. Se puso un vestido verde que le regalaron, tenía tres botones a tono de la tela del vestido; al ponérselo, observó que el último botón no estaba, cogió una de las horquillas que le sujetaba el pelo y como pudo lo introdujo por la tela del vestido, así consiguió cerrar la pequeña apertura que pronunciaba el ojal, unas zapatillas negras que le dio una vecina que le estaban algo pequeñas, no le importaba, porque estaban casi nuevas, siempre las pisaba de atrás y le servían. Andaba recta, con buen movimiento de brazos, del-

gada, no muy alta, pese a su escaso vestuario, le gustaba ir bien, al menos limpia, salió de su casa, y subió la calle que separaba de la suya, a esa casa no había ido nunca a pedir, estaba algo nerviosa, y fue subiendo la calle.

Con pasos cortos, pero firmes, convencida donde iba, en una de las esquinas que la separaba de su casa al lugar donde se dirigía, se quedó un momento parada y se sentó en una piedra que estaba justo al doblar la esquina.

Al rato, se levantó y siguió andando hacia la casa.

Frente a la puerta, se detuvo unos instantes, el sol calentaba su cara, con el revés de sus manos se secó el sudor que le caía por la frente. Tocó la puerta y sintió los pasos firmes de alguien que se acercaba a ella. Se estiró el vestido, se atusó el pelo, quería dar buena impresión. Se agarró las manos, las frotaba, notaba cómo el sudor las empapaba, las deslizó por el vestido y se las secó.

Al momento, un fuerte ruido de un cerrojo abrió la puerta, visualizó a una señora bien vestida, recta, bien peinada y aseada, con un vesti-

do negro ceñido a la cintura, sujeto con un cinturón; en el cuello llevaba un collar de perlas blancas, que ella toqueteaba constantemente. La señora se apoyó en la puerta, dejando ver el enorme portal. El suelo era de cantitos pequeños, que formaban unos dibujos en el centro del portal, los laterales del suelo eran de plaquetas blancas y negras con forma de rombos.A cada lado del portal, se podía ver cuatro habitaciones, dos a cada lado. El portal separaba del resto de la casa con una vitrina de cristal, ahí eran donde despachaban la leche.

—¿Qué quieres, Pepa? —dijo la señora.

—Limosna —contestó ella, con voz algo temblorosa.

—¿Una limosna? —contestó la señora con una sonrisa amplia e irónica.

—Sí —contestó Pepa.

—Pero tienes que cantar una copla —dijo la señora.

—Bien, ¡cantaré! —respondió Pepa convencida, no era la primera vez que cantaba, a ella le gustaban las coplas.